

Fotografía aérea del barrio de Waikiki de la ciudad de Honolulu. Al fondo la silueta del volcán Diamond Head, cuyo perfil es el símbolo de la capital del Estado de Hawaii.



Hawaii, Paraíso del Pacífico

Por

Luis BRAVO Bravo

Capitán de fragata, Armada de Chile

INTRODUCCION

Ninguna tierra extranjera en todo el mundo tiene para mí tan profundo y fuerte encanto como ésta tiene; ninguna otra tierra podría obsesionarme tan vehementemente dormido y despierto, durante la mitad de una vida, como esa lo ha hecho.

MARK TWAIN



UVE LA suerte de vivir en Hawaii unos cinco meses. Maduré al principio, durante un tiempo, la idea de escribir algo sobre esas pintorescas islas, pero luego lo deseché pensando que, en el mundo de hoy tan empequeñecido por la era de las comunicaciones, nada podría decir que no fuera conocido. Hawaii quizás no sea ya una novedad como lo fue en la época de James Cook o Mark Twain.

Sin embargo, poco después de regresar, un amigo me preguntó si había estado recientemente en los Estados Unidos; cavilé un momento y luego le respondí: "Sí, estuve en Hawaii". Y me quedé pen-

sando: ¿por qué no pude responder con un monosílabo como quizás él esperaba?; la razón se me hizo evidente: haber respondido simplemente "no" hubiera sido por lo menos un absurdo, puesto que Hawaii es parte de los Estados Unidos; haber respondido sólo con un "sí" hubiera tenido, en cambio, el defecto de hacer mi respuesta incompleta. Y ello porque Hawaii es Estados Unidos y algo más; es Estados Unidos, pero también es Hawaii. Esta aseveración quizás parezca extraña, y en realidad lo es; la necesidad de explicarla es lo que me mueve a escribir este artículo.

ANTECEDENTES GEOGRAFICOS

Hawaii es un archipiélago. Un grupo de islas, islotes y arrecifes que corren a lo ancho del Océano Pacífico, casi de este a oeste, ocupando un espacio de unas 1.500 millas náuticas, desde la Isla Grande Hawaii hasta la pequeña isla de Kure, algo más al oeste de Midway, la isla que dio su nombre a la famosa batalla naval de la Segunda Guerra Mundial que marcó el punto de cambio en la conducción de las hostilidades en el Pacífico.

Toda la faja de islas está situada entre los 19° y 30° de latitud norte, vale decir, prácticamente sobre el trópico de Cáncer. Pese a ello, sin embargo, la benéfica influencia de los vientos marinos sobre las islas asegura un suave clima sub-tropical a lo largo de todo el año. En Hawaii prácticamente no hay estaciones, y la temperatura varía muy poco entre el invierno y el verano o entre el día y la noche. Como promedio oscila alrededor de los 25° C., con una constancia realmente poco común. Naturalmente el clima es húmedo: llueve bastante, y un aumento de la pluviosidad en invierno quizás sea lo único que hace notar en Hawaii el paso de las estaciones.

Las islas son montañosas, y lo dicho aquí es válido sólo para el valle. Es común en Hawaii que las montañas estén permanentemente cubiertas de nubes, y que llueva en ellas casi constantemente; esto permite contar en el valle con abundantes recursos hidrológicos en islas que, siendo relativamente pequeñas, carecen de grandes reservas de agua en su suelo o subsuelo.

El rápido descenso de la temperatura ambiente con la altura de la tierra hace posible que en Hawaii, situado en pleno trópico, haya nieve... En efecto, son famosas las canchas de ski en Mauna Kea, isla de Hawaii, con poco más de 3.000 metros de elevación sobre el nivel del mar.

El Estado completo consta de más de 132 islas que, situadas en el centro del Pacífico Norte, parecen tender un puente de plata entre Asia y América. Por posición relativa las islas hawaianas materializan el canto norte del imaginario espelón de islas que conforman Oceanía, cuyo vértice final es nuestra Isla de Pascua. El extremo oriental del archipiélago, la isla Grande de Hawaii, dista algo más de 2.000 millas de la costa norteamericana, y su extremo oeste, la pequeña isla de Kure, algo menos de 3.000 de las costas del Japón. Por su origen, por su posición geográfica y por su ancestro humano, Hawaii es parte integrante de la Polinesia, y tiene, por tanto, la ambientación del resto de las islas del Pacífico: diminutos puntos de tierra perdidos en una inmensidad de mar. El mar domina todo: su clima, su vida, sus costumbres; todo queda lejos de las islas, ya que una de las características del Pacífico son sus enormes distancias. El panorama es el mismo desde cualquier punto que se mire: el verdor tropical de la isla que se pisa, y un horizonte marino ininterrumpido en cualquiera otra dirección que da la sensación de soledad, de aislamiento. Pero paradójicamente, como sucede con los países marítimos, el mismo mar que hace a Hawaii remoto lo vincula al resto del mundo, y por su posición entre dos centros de poder ribereños del mayor océano del mundo, Hawaii con razón ha sido llamado "The cross roads of the Pacific". Esa es la importancia de Hawaii: estar situado en el cruce de las rutas, y ello, para su bien o para su mal, ha marcado su historia y su destino.

Pese a que el Estado, como se dijo, consta de unas 132 islas esparcidas en 1.500 millas de mar, Hawaii es conocido como constituido sólo por ocho islas mayores que forman el extremo oriental o americano del archipiélago. Estas islas están próximas entre sí, son las únicas susceptibles de ser habitadas en razón de

sus recursos, y constituyen aproximadamente el 90% de la superficie total del Estado. Aún estas ocho islas principales difieren mucho entre sí en tamaño, y la Isla Grande de Hawaii debe ser alrededor de 2/3 del área conjunta de todas ellas. La superficie total de las islas es de 6.435 millas cuadradas, es decir, en términos comparativos, es un poco inferior a 1.5 veces la superficie de nuestra Isla de Chiloé.

Cada isla es una montaña volcánica, una especie de domo formado a través de millones de años por sucesivas y continuas avalanchas de lava arrancada de las entrañas de la Tierra, hasta lograr aflorar, hace miles de años, sobre la superficie del océano. Este proceso aún no ha terminado, la actividad volcánica, aunque sin duda muy menguada con respecto a otras edades geológicas, continúa aún hoy en la Isla Grande de Hawaii, por lo que puede decirse que, si bien la "obra gruesa" está terminada, el archipiélago está aún "en construcción", en lo que podríamos denominar "el proceso de las terminaciones". Los dos mayores volcanes activos de la Tierra, el Kilauea y el Mauna Loa, se encuentran en la isla de Hawaii, y existe allí también un tercer volcán, el Mauna Kea, que pese a haber estado quieto por muchos años, aún no ha sido clasificado como extinguido. El Mauna Loa hace erupción a intervalos promedio de 3½ años y el Kilauea a intervalos mayores, pero irregulares; sus últimas erupciones ocurrieron en 1955 y 1959-60, fueron ambas espectaculares y sorprendidas, y tuvieron lugar por cráteres que habían permanecido inactivos más de un siglo. Madame Pele, la legendaria diosa hawaiana del fuego, despierta a veces para recordar a sus hoy escépticos súbditos que aún existe, y cobrar su tributo, si no ya en vidas humanas, al menos en cuantiosos bienes materiales.

La flora es exuberante y lujuriosa, como en cualquier país tropical, pero en gran parte no es autóctona: fue llevada y aclimatada por el hombre, ya sea polinésico o blanco, y aun ciertas plantas que se consideran hoy como características de las islas fueron introducidas en épocas tan recientes como el siglo pasado. Hawaii es sin duda un jardín, pero al igual que todos los jardines ha necesitado de

alguna ayuda. La fauna terrestre es más bien escasa y tampoco es autóctona en lo que se refiere a mamíferos. Quizás lo más representativo de ella sean las aves tropicales, en su gran mayoría originales de las islas, y por lo general de gran belleza y vistosidad. Entre la fauna marina, ésta sí rica y abundante, destacan el delfín (Mahi Mahi) y la ballena.

Las 8 islas mayores, cuyo conjunto se ha denominado sucesivamente a lo largo del tiempo "Archipiélago de las Islas Sandwich", "Reino de Hawaii", "Territorio de Hawaii" y "Estado de Hawaii", son de este a oeste las siguientes: Hawaii, Maui, Kahoolawe, Lanai, Molokai, Oahu, Kauai y Niihau.

Hawaii, como vimos, es la mayor de las islas y ha terminado dando su nombre al conjunto. Es una isla volcánicamente activa cuyas montañas se elevan lo suficiente para tener nieve en pleno trópico. Está dedicada principalmente a la ganadería y a la agricultura.

Maui ocupa el segundo lugar en posición en la cadena y también el segundo en tamaño, aunque naturalmente a gran distancia en este aspecto de la Isla Grande, ya que Maui tiene una superficie igual aproximadamente a un tercio de la de Hawaii. Está dedicada principalmente a la agricultura.

Kahoolawe es la isla más pequeña del archipiélago y la única deshabitada. Durante un tiempo en el siglo pasado fue dedicada a la crianza de ovinos, pero su superficie es tan pequeña que los animales terminaron destruyendo toda su vegetación. Desde 1941 sirve como blanco para prácticas de tiro de la flota norteamericana.

La isla de Lanai tiene un solo dueño: la Dole Corporation, y está enteramente dedicada al cultivo de piñas. Se dice que Lanai es la mayor plantación de piñas del mundo.

Molokai es la quinta isla en posición y también la quinta en tamaño de la cadena. Está dedicada a la agricultura, principalmente a la plantación de piñas.

Oahu es la principal de las islas, ya que en ella está situada la capital del Estado, Honolulu, y el magnífico puerto natural de Pearl Harbor. Oahu ha sido el escenario de gran parte de la historia de Hawaii.

Kauai es geológicamente la más antigua de las islas y quizás la más fértil. Se la denomina la "Isla Jardín" y es de una belleza tropical extraordinaria.

Niihau es una isla pequeña, la séptima en tamaño de las 8 principales. Ha sido consagrada a la preservación de la raza hawaiana y sus tradiciones, pasando así a ser el último refugio de los que otrora fueron los dueños absolutos de las islas. Viven en ella unas 250 personas, hawaianos de pura sangre, que hablan el antiguo idioma de sus antepasados y viven conforme a las costumbres de su raza. En la isla no hay aeropuertos ni obras portuarias; el transporte desde y hacia ella se hace en pequeños botes. Tampoco hay cines ni policía, y hasta poco antes de la Segunda Guerra Mundial estaban prohibidos los diarios y las radios. La ocupación principal de sus habitantes es la agricultura, y por lo general no se admiten visitantes, lo que ha dado lugar a su apodo de "Isla Prohibida", muy exótico es cierto, pero un tanto alejado de la realidad.

PREHISTORIA Y DESCUBRIMIENTO

Al igual que en otras islas polinésicas, no está claro cuándo el hombre llegó a Hawaii ni de dónde venía. La epopeya polinésica tal vez comenzó hace varios miles de años, cuando por razones que sólo podemos imaginar, estos hábiles navegantes nativos, en sus frágiles y primitivas embarcaciones decidieron lanzarse hacia lo desconocido: el océano más grande del mundo. Esta aventura, que sin duda duró muchos siglos, ha fascinado a los historiadores y arqueólogos, quienes, como producto de su justa admiración, apodaron a estos intrépidos navegantes "The Vikings of the Sunrise" (Los Vikingos del Sol Naciente).

El capitán Cook anota sobre ellos en su diario: "Por lo que sabemos, en estos "pahee's" (canoas) como ellos los llaman, esta gente navega esos mares de isla en isla por muchos cientos de leguas, el sol les sirve de compás durante el día y la luna y estrellas durante la noche". Así era en efecto; por lo general navegaban en pequeñas flotas de canoas de casco doble, llevando a bordo sus familias, sus provisiones y los animales y plantas que aclimatarían en su nuevo hogar. Sa-

bían utilizar los vientos y podían mantenerse en la mar tanto como duraran sus provisiones. Por lo que Cook pudo saber en Tahiti, eran capaces de navegar 300 leguas (900 millas náuticas) en unos 12 días con viento favorable, y en unos 30 o más con vientos contrarios. La partida de una flota de 4 de tales canoas fue observada en las Islas Marquesas por un buque europeo en 1800.

Según las tradiciones hawaianas, orales, ya que no tuvieron lenguaje escrito antes de la llegada de los europeos, Hawaii fue primitivamente habitado por los "Menehunes", hombres de una legendaria tribu de misteriosa raza que hacían milagros en la noche. ¿Quiénes eran, de dónde venían, y qué sucedió con ellos? Se ignora.

Se tiene suficiente evidencia como para afirmar que las migraciones polinésicas hacia Hawaii comenzaron hace unos 1.000 años, y deben haber continuado hasta hace unos 6 ó 7 siglos. Las tradiciones orales hawaianas, al igual que las de nuestra Isla de Pascua, hablan de Tahiti como la patria de origen de sus antepasados, y así parece ser en realidad.

Cuando los europeos exploraron el Pacífico, los polinésicos tenían un conocimiento bastante completo de ese gran océano. El capitán James Cook sostuvo entrevistas en Tahiti con su Sumo Sacerdote de Raiatea, llamado Tupaia, quien conocía la existencia de 130 islas en el Pacífico. Tupaia dio a Cook un mapa en el que enumeraba 74 de estas islas, seguramente las principales. En ese mapa figuran las islas Marquesas con la descripción "he ma'a te ta'ata" (el alimento es el hombre), indicando que estas islas eran conocidas entre los tahitianos por el feroz canibalismo imperante en ellas. Incluso en dicho mapa figura la remota isla de Pitcairn, pero sorprendentemente no están indicadas Nueva Zelandia, Hawaii ni nuestra Isla de Pascua. Los intrépidos navegantes que un día zarparon de Tahiti, o sus descendientes ¿jamás pudieron regresar a su tierra natal? Las muchas expediciones que deben haber partido hacia Pascua y Hawaii ¿fueron dadas por perdidas en el mar? Al igual que para muchas otras, no hay una respuesta cierta para estas interrogantes.

Los arqueólogos creen que los primeros hawaianos vinieron desde el sureste,

desde las violentas Islas Marquesas donde reinaba el canibalismo. Pueden haber sido refugiados políticos a quienes se dio a elegir entre su aniquilamiento en dichas islas o una fuga relativamente fácil en dobles canoas bien apertrechadas para un largo viaje. ¿Por qué navegaron hacia el noroeste? No se sabe. Quizás una vez pasado el Ecuador los vientos reinantes indicaron como lógico ese rumbo al formar con el velamen de la embarcación un ángulo favorable para una larga navegación.

La llegada de esos navegantes al archipiélago de Hawaïi sólo podemos imaginarla siguiendo el patrón que se ha podido establecer para otras incontables migraciones polinésicas. El establecimiento de una primera aldea con el altar de piedras para agradecer a los dioses del océano el haber logrado llegar sanos y salvos a tierra; ofrendas a Lono, el dios de la agricultura, para obtener una feliz aclimatación de las plantas y semillas que traían consigo y de la cual dependía su subsistencia futura, y luego la dispersión de las familias por los fértiles valles circundantes.

Estas ofrendas al dios Lono eran sin duda necesarias, pues las islas recién descubiertas tenían una vegetación comparativamente pobre en relación a las que habían dejado, y lo que es peor, carecían de los árboles, plantas y animales que el grupo necesitaba para establecerse en ellas. Pero Lono les fue propicio, y sus plantas y semillas se aclimataron con facilidad: la palmera productora de cocos, el "taro", el árbol del pan, la caña de azúcar, la banana, la papa dulce o "kamut", el "mulberry" para la producción de "tapa" de la cual confeccionaban sus vestidos, y la "kava" que cultivaban para uso en ceremonias. Sus animales también se multiplicaron con facilidad en el nuevo hogar.

Como las principales islas del grupo son visibles entre sí en días claros, si se mira desde un lugar elevado, debe haber habido muy poca dificultad en desplazarse de isla en isla y mantener comunicaciones. En consecuencia, prácticamente todas las islas deben haber sido colonizadas casi al mismo tiempo.

El ordenamiento social establecido fue prácticamente el mismo que en Tahiti: cada isla era una especie de estado inde-

pendiente regido por un jefe local o "alii". Estos eran a su vez secundados por terratenientes de menor rango, quienes respondían que los comuneros cumplieran con sus cuotas de alimentos y otros bienes. Había periódicas contiendas entre ellos, pero en general el estado de guerra no era lo normal. No hay tampoco recuerdos ni evidencias que el canibalismo haya sido practicado alguna vez. La monotonía de la vida sedentaria era interrumpida, si no por las guerras, por las celebraciones religiosas y por los festivales que organizaban los jefes. El hawaiano es sencillo, amistoso y hospitalario, admira la naturaleza que le rodea, y gusta del amor, el canto y la danza.

Con un clima suave y cálido, el vestido de los hawaianos, al igual que el de todos los polinésicos, era sencillo; para los hombres consistía en el "malo", especie de taparrabos fabricado con "tapa" obtenida del "mulberry", y para las mujeres en el "pa-us", vestido parecido al sarong. Hombres y mujeres usaban el torso desnudo.

Acostumbraban adornarse con los elementos que tenían a su alcance, y el adorno más típico de las islas, que ha perdurado hasta hoy, es el "lei" o collar. El lei se hacía de flores, de conchas marinas, de dientes de ballena o bien de plumas. Este último estaba reservado para el alii o, en general, para la realeza. Ello, en razón que las plumas empleadas no eran de cualquier clase, sino exclusivamente de colores escarlata y amarillo oro, que sólo se encuentran en una pequeña porción del plumaje de dos pájaros: el "iiwi" y el "o-o". Estos colores, el escarlata y el amarillo oro, por ser escasos y preciados, llegaron a ser símbolo de realeza, y el alii usaba no sólo leis de plumas de estos colores, sino también capas, yelmos y los reales "kahilis". El "kahili" es una especie de pantalla tubular de plumas amarillas y escarlata que se hacía firme en la punta de una pértiga delgada de madera; siempre en número de dos eran portados por sendos guerreros un par de pasos más atrás del alii, para destacar la real presencia.

No hay evidencia ni recuerdo que haya habido comunicaciones de retorno entre Hawaïi y Tahiti, pero sí los hay que hubo más de un viaje entre Tahiti y Hawaïi, y por lo menos el recuerdo de un

segundo viaje se ha conservado en la tradición oral hawaiana: el viaje del sumo sacerdote Paoa. Cuenta la tradición que cuando este sacerdote tahitiano llegó a Hawaii, encontró la autoridad de los aliis muy disminuida, y se dio a la tarea de restaurarla. Introdujo un estricto sistema de "kapus" o tabúes y de sacrificios humanos a los dioses. Para este último fin construyó el "heiau" o altar de piedras de Wahaula, Isla Grande de Hawaii, introduciendo la costumbre, al igual que en Tahiti, que si un hombre había quebrantado un kapu o había sido rebelde a sus jefes debía ser ofrecido en sacrificio a los dioses. Las ruinas de este heiau aún existen en Wahaula, como mudo testimonio de la consolidación del poder de la aristocracia terrateniente apoyada por la casta sacerdotal.

Con su salvajismo quizás cruel, pero necesario, la cultura y organización social hawaianas se mantuvieron estáticas por siglos. La naturaleza pródiga que les rodeaba no les exigía más, y por ello no llegaron a conocer los metales, la escritura ni la rueda. Hasta que un día, para su desgracia, el hombre blanco llegó a sus playas. Esto ocurrió el 18 de enero de 1778.

Hawaii fue descubierto por el capitán James Cook, explorador científico inglés ya famoso. Cook descubrió las islas en su tercer y último viaje al Pacífico, del cual no regresó, pues Hawaii fue su tumba. Llevaba ya más de un año y medio en la mar con el "Resolution" y el "Discovery", cuando esa mañana avistó tierra. La primera isla que emergió del horizonte fue Oahu, luego Kauai y finalmente Niihau.

Los primeros nativos con quienes efectivamente tomaron contacto los europeos fueron los de Kauai, que se mostraron amistosos y maravillados de todo cuanto veían. Algunos miembros de la tripulación conocían bastante la lengua polinésica, y les fue relativamente sencillo entenderse con los nativos. El lenguaje hawaiano resultó ser casi igual al tahitiano con alguna "erosión" producto de siglos de escasa comunicación entre ambas islas. Una de las consecuencias de esta "erosión" del hawaiano ha sido la pérdida de consonantes, hasta llegar a tener sólo 7 en la actualidad. En los tiempos de Cook la "erosión" era menor, y así la

isla con cuyos nativos se comunicaron se llamaba aun Tauai, hoy Kauai, ya que la "t" terminó también por desaparecer del hawaiano reemplazada por la "k".

Este primer encuentro dejó claramente establecido que los nativos no habían tenido jamás contacto alguno con el hombre blanco, lo que destruye cualquiera teoría de anteriores descubrimientos olvidados por la historia.

Los buques se mantuvieron en las islas, reconociéndolas, hasta mediados de febrero, fecha en que continuaron la expedición regresando al archipiélago el 26 de octubre de ese mismo año.

De este primer encuentro con el hombre blanco los nativos sacaron una amarga experiencia: pese a todas las precauciones que Cook tomó al respecto, las enfermedades venéreas, hasta entonces desconocidas en las islas, hicieron presa de los hawaianos.

En su segundo contacto con las islas, Cook visitó la Isla Grande de Hawaii, donde fue recibido con extraordinarias muestras de veneración y respeto, pues fue identificado como el dios Lono en persona, papel que por conveniencia el descubridor aceptó representar. Sin embargo el 13 de febrero de 1779 se produjo un incidente a raíz del robo de una embarcación del "Discovery", y pese a que fue solucionado pacíficamente y la embarcación recuperada, tuvo lugar luego un mal entendido entre blancos y nativos que fatalmente llevó a un enfrentamiento. Los ingleses lograron escapar del choque con una turba muy superior que los hubiera copado fácilmente, pero para ello debieron emplear las armas de fuego. Como consecuencia, muchos nativos cayeron en la refriega, pero también hubo algunas bajas entre los ingleses, debiendo contarse entre ellas, por desgracia, el propio capitán Cook.

La tensión entre ambos bandos continuó por algunos días, hasta que poco a poco los ánimos se calmaron, y los restos del infortunado capitán Cook fueron devueltos a los ingleses. Ellos consistían sólo en la osamenta, pues, conforme a la tradición hawaiana, los cadáveres de los jefes eran despojados de músculos y vísceras perecibles, dándose solemnemente sepultura a lo que los nativos consideraban eterno: el esqueleto. Cook, aún después

de muerto, fue tratado con esta deferencia macabra. Este hecho ha dado lugar a que algunas publicaciones aseguren, con bastante ligereza, que el capitán Cook fue devorado por los nativos hawaianos. Como hemos visto con anterioridad, el canibalismo fue desconocido en las islas.

Finalmente, el 22 de febrero de 1779, los restos de Cook fueron sepultados en el mar, y al día siguiente los buques zarparon.

Hawaii había tardado mucho en ser descubierto; tanto, que fue la última tierra de cierta importancia cuya existencia llegó a conocimiento de la civilización europea de la época. Quizás por esta razón, por haber nacido muy tarde al proceso histórico, Hawaii tuvo extraordinaria prisa en recorrerlo, y es así como ha tardado menos de dos siglos en completar una evolución que en otros países ha demandado milenios.

Cook no era un conquistador, sino un explorador científico. Por ello se limitó simplemente a situar geográficamente las islas, a reconocerlas, y a bautizarlas con el nombre de "Islas Sandwich" en honor al conde de Sandwich, que financiaba la expedición. Este nombre, pese a no haber sido universalmente aceptado, perduró en algunos medios occidentales por más de un siglo.

Puede parecer curioso que, en una época de colonialismo como el siglo XVIII, ninguna potencia europea intentara adueñarse de las islas recién descubiertas. Ello se explica, sin duda, porque Hawaii resultaba ser el lugar más remoto del planeta, situado en el centro de un inmenso mar vacío como era el Océano Pacífico en ese entonces. Para comprobarlo nos basta recordar cual era el grado de evolución política, comercial e industrial de los ribereños de ese océano.

Con la llegada de Cook a las islas termina pues la prehistoria de Hawaii, dando paso a continuación a un hecho insólito, quizás único en la historia moderna: el nacimiento del Reino de Hawaii como un estado nativo, independiente y soberano.

EL REINO DE HAWAII

En la época de su descubrimiento, el archipiélago de Hawaii estaba dividido

en cuatro reinos primitivos, cada uno gobernado por un alii o rey, que comprendían las islas de Hawaii el primero, Maui, Molokai y Lanai el segundo, Oahu el tercero, y Kauai y Niihau el último.

Reinaba en Hawaii, durante la visita de los buques de Cook, el alii Kalaniopuu, que se encontraba en guerra con Kahekili, alii de Maui. A su muerte, ocurrida tiempo después de la partida de los europeos, Kalaniopuu designó sucesor a su hijo mayor, Kiwalao, y a su sobrino Kamehameha le confió la custodia de Kukailimoku, el importantísimo dios de la guerra, designación que en términos modernos llamaríamos Comandante en Jefe del Ejército.

Pero apenas muerto Kalaniopuu hubo desacuerdos entre el nuevo alii y sus hermanos, conduciéndolos a una guerra civil, en la que Kiwalao fue derrotado y muerto. Desaparecido el alii legítimo, su sucesión en el poder desató una nueva guerra, esta vez entre Keoua, el segundo hijo de Kalaniopuu, y Kamehameha, su sobrino, complicada por la ya antigua contienda que el reino de la isla de Hawaii mantenía contra Kahekili, rey de Maui.

Con suerte variable, la guerra entre Kamehameha y Keoua se prolongó nueve años, lo que dio tiempo a Kahekili para fortalecerse conquistando Oahu. Kauai y Niihau estaban bajo el dominio de su hermano.

Así las cosas, en 1790 Kamehameha recibió una profecía, según la cual si reconstruía el "Heiau" (altar de piedras) de Puukohola, en Kawaihae, llegaría a ser el amo supremo de la Isla de Hawaii.

La reconstrucción coincidió con otro hecho interpretado como un buen augurio: en una repentina erupción del volcán Kilauea, aproximadamente la mitad del ejército de Keoua pereció víctima de los gases venenosos desprendidos por la tierra. Las huellas dejadas en su marcha por los que allí murieron son hasta hoy visibles en la falda del volcán, al ser eternizadas por la solidificación de la ceniza.

Siguió una serie de encuentros victoriosos para Kamehameha hasta que Keoua, ya debilitado, se vio obligado a rendirse. El encuentro final fue convenido en la playa de Kawaihae, y sin duda Keoua ya sabía cual sería su suerte y la

de sus acompañantes cuando llegó allí a varar su canoa. Efectivamente, aun antes de desembarcar, los ocupantes de ésta fueron muertos por los hombres armados que los esperaban. Sus cuerpos sin vida fueron incinerados como ofrenda a Kūkailimoku en el heiau recién reconstruido. La profecía se había cumplido.

Luego del descubrimiento de Cook en 1778, no llegó a las islas otro buque europeo hasta 1785. Pero a partir de ese momento, y cada vez con mayor frecuencia, siguieron recalando buques a Hawái, que pasó así a convertirse en puerto intermedio de recalada en la ruta del nuevo comercio que comenzaba a unir la costa de Norteamérica con la China.

Los buques europeos solicitaban alimentos y abastecimientos en general, entregando a los nativos en retribución productos de fabricación occidental, con especial énfasis en artículos de hierro y armas de fuego. No está claro el momento en que estas armas comenzaron a hacerse presentes en la lucha que se desarrollaba en las islas, pero hacia su final es posible ya encontrarlas en gran número, y no sólo espadas y mosquetes, sino también cañones y embarcaciones europeas que se empleaban en los desembarcos.

Por otra parte, si bien las potencias occidentales no intervinieron en esta feroz lucha por el poder, lo hicieron en cambio los particulares blancos, quienes actuaron como proveedores de armas, como instructores e incluso como mercenarios.

Dueño de Hawái, Kamehameha volvió su atención a Kahekile, rey de Maui, pero la victoria final no fue posible hasta la muerte de este último, acaecida en 1794.

Al morir, Kahekile dividió su reino entre sus dos hijos, lo que fatalmente los llevó a enfrentarse; y en una obscura intervención de buques europeos, el triunfo fue de Kalanikupule, el mayor de ellos.

Fortalecido por este triunfo, Kalanikupule decidió invadir la isla de Hawái, y para hacerlo se apropió sorpresivamente de los buques europeos surtos en puerto, procediendo luego a cargarlos con sus armas. Este error le fue fatal: en un rápido contraataque los europeos retomaron sus buques, y a continuación entregaron las armas a Kamehameha. Este pudo equipar así un ejército de 16.000 hombres, y conquistando rápidamente Maui y Molokai, desembarcó en la playa de Waikiki en la Isla de Oahu. La batalla tuvo lugar en Nuuanu Valley, a la espalda de lo que hoy es Honolulu, y las tropas de Oahu, barridas por fuego de artillería y mosquetes, fueron forzadas en combate cuerpo a cuerpo a lanzarse al precipicio denominado Nuuanu Pali en que el valle termina.

En este sitio existe hoy un mirador, denominado "Pali Look-Out", muy visitado por los turistas. Kalanikupule, a diferencia de Keoua, escapó por entre los arbustos en circunstancias no muy claras hasta hoy. No quiso para sí la dignidad de morir en el campo de batalla, entre



Palacio Iolani, residencia de los antiguos monarcas hawaianos en la ciudad de Honolulu.

sus valientes guerreros sacrificados en vano. Como consecuencia fue cazado a tiros mientras huía, y muerto ignominiosamente por las tropas vencedoras. Su cuerpo sin vida fue luego incinerado como ofrenda al dios Kukailimoku. Y allí mismo, ante los restos calcinados de su adversario, Kamehameha procedió a proclamar oficialmente la Constitución del Reino de Hawaii como estado independiente y soberano, pasando así a convertirse en su primer monarca con el nombre de Kamehameha I, más conocido en la Historia como Kamehameha "The Great" (El Grande).

Corría entonces el año 1795 y hacía tan sólo 17 años que el archipiélago había sido descubierto por James Cook. Cabe recordar que en la misma época América, con la sola excepción de Estados Unidos recientemente independizado, vivía aún bajo el régimen colonial europeo.

Pero la obra de Kamehameha no había terminado: continuaban independientes Kauai y la pequeña Isla de Niihau. Su conquista era necesaria para consolidar el reino recién constituido.

Así lo comprendió Kamehameha, e hizo dos intentos a través de los años siguientes de invadir Kauai. Ambos fracasaron, sin embargo, el primero por malos tiempos que averiaron su flota de canoas, y el segundo por una epidemia de cólera que diezmo su ejército.

Pero este rey logró a la larga sin lucha lo que no había podido conseguir por las armas. En 1810, muerto el soberano de Kauai, el nuevo alii, comprendiendo que, más tarde o temprano, sería irremediablemente derrotado, envió emisarios a Oahu reconociendo a Kamehameha como su rey.

Este fue monarca absoluto, y supo imponer su voluntad no sólo sobre sus súbditos nativos, sino también sobre los blancos que en número creciente llegaban a las islas. Para mantener el control en sus manos nombró gobernadores de su confianza en cada isla, y monopolizó el comercio de armas con occidente, prohibiendo a sus súbditos el poseerlas. Con esto dotó al gobierno de la exclusividad de la fuerza armada, única forma de mantener una organización social estable. Monopolizó además el comercio en ge-

neral de todo tipo, concentrando así en sus manos el poder económico del naciente Estado.

El puerto de Honolulu, descubierto probablemente en 1794, era el único de aguas profundas en las islas, y además el único en el Pacífico en varios miles de millas a la redonda; por esta razón se convirtió en un importante centro comercial, tanto que el rey trasladó allí su corte en 1804.

En 1810 se descubrieron bosques de sándalo en las islas, lo que, monopolizado también por el rey, dio mayor auge al comercio con occidente. La madera aromática de sándalo se explotó hasta la década de 1820-1830, declinando más o menos en esa fecha por extinción de la especie en el archipiélago.

En 1812 Kamehameha regresó a la Isla Grande de Hawaii, su tierra natal. Era para entonces ya un hombre de edad avanzada. Vivió allí sus últimos días y murió a la edad aproximada de 70 años, el 8 de mayo de 1819, habiendo nombrado con anterioridad a su hijo Liholiho heredero del trono.

Kamehameha fue un conquistador militar y un innovador político, pero mostró ser conservador en materia de religión. Sin embargo, hacia su muerte la posición de la religión tradicional, que había servido de base al ordenamiento social de las islas durante siglos, era bastante débil. En particular la idea de "kapu" o tabú estaba siendo puesta en duda. Y es que ahora que el secular aislamiento de las islas había sido roto, los hawaianos por primera vez se encontraban frente a otra raza de hombres, los blancos, que aparentemente podían romper los kapus sin que por ello atrajeran sobre sí la ira de los dioses. En 40 años de contacto con occidente había por lo tanto escepticismo al respecto.

En los meses que siguieron a la muerte del soberano, el nuevo rey Liholiho, ascendido al trono con el nombre de Kamehameha II, comenzó a ser urgido, en especial por su madre, acerca de la necesidad de abolir los antiguos kapus. Y el rey accedió. La religión pagana de Hawaii fue oficialmente abolida en un banquete público ofrecido por el monarca, en el cual numerosos kapus fueron rotos simbolizando así el fin del sistema.

Este episodio es único en la historia del Pacífico, y quizás si en la del mundo entero: un pueblo abolía una religión que había sido suya por siglos, y lo hacía sin reemplazarla por ninguna otra.

Sólo algunos jefes nativos de la Isla Grande, de ideas conservadoras en materia de religión, se levantaron en armas en noviembre de 1819 en defensa del antiguo sistema. Pero Kamehameha II contaba con un bien equipado ejército heredado de su padre, y no le fue difícil sofocar la revuelta y mantener la unidad del reino.

Con el nombre de Kamehameha II, Liholiho reinó desde 1819 hasta 1824, sin lograr nunca realizar satisfactoriamente su papel de rey. Suceder a una figura tan formidable como la de su padre hubiera sido sin duda tarea difícil para cualquiera, guiar a un pueblo que había visto abolir la base religiosa de su organización social resultaba mucho más difícil aún. Y todo esto se pedía de un hombre que apenas había cumplido los 21 años de edad, puesto que Kamehameha II nació en 1797.

El poder absoluto se escapaba de sus manos al no poder controlar a los jefes y comuneros en su primera juventud con la eficiencia que lo había hecho Kamehameha El Grande en su edad madura y comienzos de su ancianidad.

Inquieto por naturaleza, el nuevo rey tomó luego una segunda decisión trascendental: visitar Gran Bretaña y quizás aprender allá, en la corte más importante de la Europa de su época, algo más acerca del arte de gobernar un reino. Pero esta aventura le sería fatal al joven rey: la comitiva real hawaiana sucumbió en Londres víctima de enfermedades occidentales contra las cuales evidentemente sus organismos no tenían defensas naturales. Liholiho y su esposa, con muy pocos días de diferencia, fallecieron allí de malaria en julio de 1824.

A Liholiho, o Kamehameha II, le sucedió en el trono su hermano menor, Kamehameha III, el último hijo de Kamehameha El Grande, quien reinó bajo el nombre de Kamehameha III entre los años 1825 y 1854. El desarrollo del país durante su reinado estuvo determinado por dos hechos que ocurrieron durante el reinado de su antecesor: el descubrimiento

de abundante riqueza ballenera en las proximidades del archipiélago y la llegada de misioneros protestantes al reino. La industria ballenera fue la principal fuente de entradas del país durante el medio siglo siguiente, y lo que es más importante, ligó firmemente a los Estados Unidos el crecimiento económico de Hawaii.

El esfuerzo misionero, por otra parte, contribuyó también a vincular el reino nativo a los Estados Unidos, al occidentalizar a sus súbditos inculcándoles la única forma de vida que los misioneros conocían: la norteamericana. Actuando como evangelizadores, educadores, asesores del rey, o aun como ministros, estos hombres, se lo propusieran o no, hicieron de las instituciones religiosas, políticas, educacionales, económicas y judiciales del reino una réplica de las existentes en su patria.

Los pasos de occidentalización del joven Estado se aceleraron entonces: en 1839 se formuló una declaración de derechos, en 1840 se promulgó la primera Constitución escrita del reino, y ese mismo año se estableció un Parlamento compuesto de dos Cámaras, y una Corte Suprema de Justicia. La revisión de esta primera Constitución, efectuada en 1852, llegó a establecer un sistema muy parecido al sufragio universal masculino para la elección de representantes. También a partir de 1840 una comisión de tierras supervisó una serie de reformas conocidas con el nombre de "Great Mahele", o Gran División, que introdujo en Hawaii el principio occidental de posesión privada de la tierra.

Pero por la misma época, lejos de las fronteras de Hawaii, estaban ocurriendo otros hechos que tendrían con el tiempo vital importancia para el joven reino nativo, tanta que torcerían el curso de su historia y su destino. En primer término cabe destacar la expansión de Estados Unidos hacia el interior del continente americano, lo que lo llevaría a tener costa en el Pacífico; luego, años más tarde, la apertura del Japón al contacto con occidente, y, finalmente, la introducción del vapor en la propulsión de los buques en reemplazo de las velas. Los dos primeros hechos nombrados llevarían a la larga a desarrollar dos centros de poder ribereños del Pacífico, que ya estaba dejando

de ser un mar vacío como en la época de James Cook, y el último traería para las marinas del mundo la necesidad de contar con bases logísticas terrestres, ubicadas convenientemente para reabastecer sus flotas en los mares en que quisieran operar.

Y el Pacífico resultaba ser un océano demasiado grande que estaba cobrando insospechada importancia, y Hawaii estaba ubicado precisamente en su centro.

Gran Bretaña y Francia ya mostraban interés en el Pacífico, tanto como para anexarse algunos archipiélagos de la Polinesia austral, y Estados Unidos, el nuevo ribereño, comenzaba a mostrar interés también. La independencia del joven Estado nativo peligraba hacia el final del reinado de Kamehameha III.

Era evidente, además, que si alguna vez se llegaba a un enfrentamiento entre poderes de riberas opuestas del Pacífico, Hawaii daría a quien lo poseyera la ventaja de concentrar las acciones bélicas en el "medio campo" del contrario.

Estados Unidos, si bien aún no estaba interesado en Hawaii, tampoco estaba dispuesto a que los poderes colonialistas europeos obtuvieran enclaves en el Pacífico Norte que consideraba ya sin duda su futuro campo de acción, por lo que, movido por la diplomacia hawaiana, emitió una declaración apoyando la existencia del reino nativo como Estado libre y soberano. Pero la diplomacia hawaiana obtuvo un triunfo más, aunque después de considerable esfuerzo: lograr que Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia llegaran a un acuerdo garantizando la independencia de las islas. El peligro estaba conjurado.

Pese a todo, el joven reino perdió temporalmente su soberanía, entre el 25 de febrero y el 31 de julio de 1843, cuando Lord George Paulet, un oficial naval británico, estableció un protectorado en representación de su gobierno bajo la amenaza de los cañones de su buque. Esta actitud, sin embargo, fue desautorizada por el British Foreign Office, y Hawaii recobró su independencia.

Kamehameha III, el último hijo de Kamehameha El Grande, falleció el 15 de diciembre de 1854, a la temprana edad de 41 años y después de casi 30 de

reinado, puesto que había ascendido al trono de Hawaii cuando apenas contaba 12 años de edad. Como no dejó herederos legales, fue sucedido por Alexander Liholiho, nieto del fundador del reino por descendencia de su segunda esposa, quien reinó hasta 1863 con el nombre de Kamehameha IV.

Los hijos de Kamehameha El Grande habían sido ya hombres occidentalizados, aunque de instrucción y cultura algo rudimentarias. Seis nietos, que ahora llegaban al trono, serían hombres tan cultos e instruidos como cualquier occidental contemporáneo, habiendo recibido además una preparación especial para el alto cargo que debían asumir. Por esta razón, Estados Unidos ya no sería para ellos el modelo que convenía seguir, sino que, teniendo un concepto europeo del papel de la realeza y de la forma de gobernar, verían un patrón más apropiado a sus necesidades en la Inglaterra victoriana de la época. Pero había un detalle importante que la voluntad del rey no podía cambiar: por imperativo geopolítico la economía de Hawaii dependía de los Estados Unidos.

Bajo Kamehameha IV la industria ballenera llegó a su punto más alto, comenzando a declinar, hacia la década de 1860, por la generalización del uso en los Estados Unidos de productos derivados del petróleo, y por los disturbios producidos por la Guerra Civil Norteamericana. Nació en su reemplazo la industria azucarera.

La caña de azúcar existía desde hacía varios siglos en las islas, pues fue traída a ellas por los inmigrantes polinésicos, y se habían hecho algunas tentativas de industrialización a partir de 1830.

La "Fiebre del Oro" de California abrió un mercado consumidor, y cuando este mercado desapareció, sobrevino la Guerra Civil Norteamericana que, al arrasar los estados del sur productores de azúcar, obligó a Estados Unidos a importarla desde Hawaii. Pero cuando después de la paz los estados sureños recobraron su normalidad, el mercado norteamericano se contrajo, acarreado con ello una seria depresión económica en las islas hacia 1870, en el tiempo en que la industria azucarera constituía su principal fuente de ingresos.

Desde entonces, el obtener un mercado favorable y seguro para el azúcar de las islas, se convirtió en el punto clave de la política exterior del Reino de Hawaii.

En medio de esta situación cambiante e inestable, en 1863 murió Kamehameha IV, y habiendo fallecido poco antes, a temprana edad, su hijo único, fue sucedido en el trono por su hermano menor, el príncipe Lot Kamehameha, quien reinó bajo el nombre de Kamehameha V.

Este monarca debió pues encarar, hacia la década de 1870, el problema de encontrar un mercado estable y conveniente para el azúcar hawaiana. El problema evidentemente sólo tenía una solución: negociar con los Estados Unidos un tratado de reciprocidad, mediante el cual el azúcar de las islas pudiera entrar al territorio norteamericano libre de impuestos, a cambio naturalmente de igual tratamiento para ciertos productos norteamericanos en el reino nativo. Pero la negociación de tal tratado fue larga y laboriosa, no sólo porque respecto a sus implicancias futuras estuvieran divididas las opiniones en Estados Unidos, sino también porque además lo estaban en Hawaii.

El crecimiento de la industria azucarera pareció coincidir con una drástica y aparentemente irreversible disminución de la población nativa de las islas, debido sin duda principalmente a las enfermedades occidentales que el blanco llevó a Hawaii y que causaban estragos entre los isleños. Así la población polinésica que en los días del descubrimiento de Cook había sido estimada en 300.000 habitantes, no llegaba a 45.000 un siglo después, en la época que estamos recordando.

Esta drástica disminución, que en sí misma sería una amenaza grave para la existencia de cualquier Estado, creaba además en Hawaii un problema económico: escasez de mano de obra para las plantaciones de caña de azúcar que exigían una fuerza laboral que ya la decreciente población nativa no podía proporcionar. Sólo cabía en consecuencia una solución inmediata: importar mano de obra a Hawaii.

Esto acarrecó controversias entre funcionarios gubernamentales y dueños de

ingenios azucareros, que no siempre estuvieron de acuerdo acerca de cuál era la mejor fuente de trabajadores extranjeros. Y era lógico que así sucediera. A los dueños de ingenios azucareros, en su mayoría norteamericanos, les interesaba obtener "coolies" trabajadores y dóciles, es decir, mano de obra barata; los funcionarios de gobierno preferían en cambio isleños racialmente similares a los hawaianos, con el fin de perpetuar la preeminencia polinésica en las islas. Para satisfacer a unos y otros se inició una búsqueda de trabajadores a través de todo el Pacífico y gran parte de los países asiáticos, con resultados que, como era de esperar, no fueron del agrado de ninguna de las partes. Los principales contingentes de fuerza laboral en este período provinieron de China y, en bastante menor escala, del Japón.

Pero pronto se hizo evidente otro fenómeno: para que la disponibilidad de mano de obra importada pudiera satisfacer la demanda, aun cuando esta última se mantuviera constante, se requería de una continua realimentación con nuevos contingentes de inmigrantes. Las causas del fenómeno eran el paulatino desplazamiento de los trabajadores hacia las ciudades y el establecimiento de comunidades agrícolas formadas por ellos mismos.

Pero el crecimiento de la industria azucarera estaba acarreado además otro cambio en la estructura social del reino: la aparición de una nueva clase social formada por adinerados dueños de plantaciones, norteamericanos o descendientes de norteamericanos, en cuyas manos lentamente se iba acumulando el poder económico del país. El poder político, en cambio, permanecía en manos de la aristocracia nativa que ya no controlaba la riqueza.

Esta nueva clase social, económicamente fuerte, ambicionaría pronto el poder político, por lo que se estaba transformando en un enemigo interno que era necesario disuadir con la fuerza o, en caso extremo, enfrentar.

Pero Hawaii, a medio siglo de la muerte de Kamehameha El Grande y sin enemigos externos durante ese período, no estaba preparado para enfrentar al ene-

migo anidado dentro de las propias fronteras; es más aún, no se había percatado que tal enemigo existiera.

El ejército que el unificador formara y les permitiera, tanto a él mismo como a sus sucesores inmediatos, mantener la integridad del reino, era sólo un recuerdo más entre las cosas idas. En su lugar escasamente existía una guardia de palacio, de reducidos efectivos, y apta exclusivamente para lo que fue concebida: actuar en ceremonias protocolares y brindar seguridad policial al monarca.

Esta falta de previsión, por decir lo menos, sería fatal a la larga.

La fuerza armada de un país constituye la espina dorsal en que el esqueleto de la estructura social se apoya para mantenerse erecto; si esa viga maestra falla, todo el resto se desarticula. Las leyes no tienen fuerza en sí mismas, son sólo buenas ideas; excelentes ideas sin más valor que el del papel en que están escritas si no existe una fuerza que las imponga, que las haga cumplir y respetar por todos los integrantes de la comunidad, individuos o grupos, cualquiera sea su posición dentro de ella. Cuando esa fuerza no existe, o existiendo olvida sus funciones, la estructura legal pasa a ser un coloso con pies de barro a merced del primer grupo de audaces que empuñe las armas para derribarlo.

Pero al parecer no lo comprendió así Kamehameha V cuando en 1864, llevado por sus ideas monárquicas de corte europeo e influenciado por su asesor, un escocés realista y conservador, promulgó una nueva Constitución que investía a la corona de un poder mucho mayor que el otorgado por la Constitución de 1852, en la que claramente era visible la influencia norteamericana.

Esta reforma, que hubiera resultado aceptable y hasta lógica para cualquier súbdito de un reino europeo, no lo era en cambio para los norteamericanos de primera y segunda generación residentes en las islas, y que, como vimos, comenzaban a reunir en sus manos el poder económico del país.

El problema de asegurar un mercado conveniente para la industria azucarera, que hacia 1870 pasaba por su período más crítico, perturbó los últimos años del

reinado de Kamehameha V, sin que fuera posible obtener una solución satisfactoria.

Así las cosas, Kamehameha V llegó al fin de sus días, aún relativamente joven como los anteriores miembros de su dinastía, en diciembre de 1872. Nunca contrajo matrimonio, no dejando por ello herederos legales, y para complicar aún más el ya sombrío panorama del futuro, tampoco había designado un sucesor.

Algunos resúmenes históricos hechos con fines turísticos señalan, con bastante liviandad, que con la desaparición de Kamehameha V la descendencia del fundador del reino habría llegado a su fin. Ello no es exacto, sin embargo, ya que sobrevivió a este rey la princesa Bernice Pauahi, descendiente directa de la tercera esposa de Kamehameha I.

Las mujeres de Hawaii han pasado a formar parte de la leyenda de las islas por su tradicional belleza; las hawaianas de hoy confirman esta merecida fama, y muy bellas deben sin duda haber sido sus predecesoras del siglo pasado, puesto que innumerables europeos y americanos las tomaron por esposas. Tal es el caso de la princesa Bernice Pauahi, que contrajo matrimonio con Mr. Charles Bishop, norteamericano que hizo fortuna en Hawaii.

Rodeado Kamehameha V en su lecho de muerte por los principales jefes nativos, y urgido por ellos a designar un sucesor, ofreció a la princesa Bernice Pauahi Bishop la corona que pronto quedaría vacante. Bernice respondió que había quienes tenían más méritos que ella para ocupar el trono. El rey cerró los ojos y ya no volvió a hablar. Pocas horas después moría dejando a sus súbditos un futuro político incierto, una situación económica precaria y un problema de sucesión sin resolver.

Bernice Pauahi falleció poco tiempo después, también relativamente joven, al igual que el resto de su familia, y como de su matrimonio no tuvo hijos, con ella, esta vez sí, la estirpe de Kamehameha El Grande se extinguió para siempre.

Transido de profundo dolor por la prematura muerte de su esposa, Charles Bishop quiso perpetuar su recuerdo en la preservación de la cultura y raza polinésicas, fundando como monumentos a su

eterna memoria el Bishop Museum, que ha alcanzado fama mundial en su especialidad, y las Kamehameha Schools, destinadas a atender las necesidades y educación de los niños de raza hawaiana. Ambas instituciones existen aún y cumplen satisfactoriamente sus fines, por lo que podemos decir, a casi un siglo de la muerte de Bernice Pauahi, que los objetivos que Charles Bishop persiguió al fundarlas han sido plenamente alcanzados.

El Parlamento de Hawaïi, guiado por voto popular informal, eligió rey al príncipe C. William Lunalilo, descendiente de una rama colateral entroncada con la dinastía de los Kamehameha.

El reinado del rey Lunalilo fue breve: sólo el año 1873. Era Lunalilo un príncipe de carácter débil e incierta salud, aunque inteligente y hábil, para quien la corona resultó ser un presente griego que quizás apresuró su fin.

Como sus predecesores, Lunalilo se vio encarado al problema de lograr un tratado de reciprocidad con los Estados Unidos; él comprendía la urgente necesidad económica de tal tratado, pero el pueblo hawaiano estaba demasiado inquieto por la creciente influencia norteamericana en las islas. Hubo brotes de nacionalismo popular y a los disturbios se plegó la débil guardia de palacio en Honolulu. Los norteamericanos residentes, temerosos del cariz que tomaban los acontecimientos, pidieron protección a los buques de guerra de ese país surtos en la bahía, los que desembarcaron tropas y el motín se evaporó sin disparar un tiro.

Pero se había sentado un funesto precedente, y además se había puesto en evidencia la falta de poder del Gobierno. Cuando un gobierno es incapaz de proteger a los particulares, éstos se ven obligados a armarse para protegerse a sí mismos, con lo que las corrientes ideológicas dejan de ser partidos políticos para convertirse en batallones. De allí a reemplazar el voto por la bayoneta hay sólo un paso.

Lunalilo sobrevivió muy poco a estos hechos, falleciendo el 3 de febrero de 1874. Nunca contrajo matrimonio y no dejaba por tanto herederos. Una vez más el Parlamento debía elegir un sucesor.

Pero esta vez las opiniones estaban divididas entre dos posibles candidatos, ambos descendientes de ramas colaterales de la dinastía de los Kamehameha: el príncipe David Kalakaua y la reina Emma, viuda de Kamehameha IV.

Después de activa campaña, Kalakaua fue elegido rey, pero un grupo de partidarios de la reina Emma, disconformes con el fallo del Parlamento, provocó serios disturbios en Honolulu. Así, una vez más, y esta vez por orden del rey Kalakaua, debió pedirse a los buques extranjeros surtos en puerto, norteamericanos e ingleses, que desembarcaran tropas para controlar la situación en la capital.

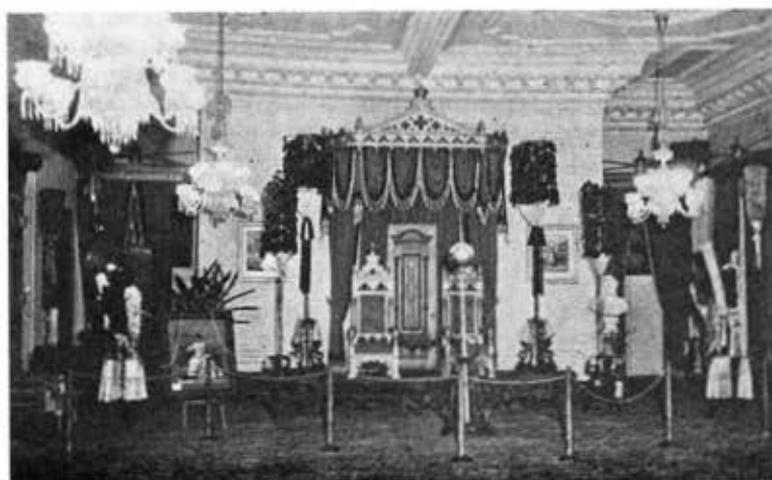
Estos dos hechos, ocurridos escasamente en el lapso de un año, parecen más que suficientes para haber abierto los ojos acerca de la debilidad del gobierno; sin embargo en los años que siguieron nada se hizo para solucionar esta falla. El Reino de Hawaïi estaba por lo tanto condenado, todo era cuestión de tiempo, pero increíblemente transcurrió bastante: 20 años.

Urgido por la apremiante situación económica, Kalakaua revivió una vez más el asunto del Tratado de Reciprocidad con Estados Unidos, y para obtener una decisión favorable viajó personalmente a Washington, pasando así a ser el primer monarca reinante que visitó esa capital. En 1875 el Tratado fue aprobado.

El Tratado de Reciprocidad abrió las puertas a la abundancia para Hawaïi, por lo que el reinado de Kalakaua fue uno de los más brillantes.

El palacio real de Honolulu, denominado Iolani Palace, fue reconstruido, el rey hizo un viaje alrededor del mundo, y en la celebración del jubileo de la reina Victoria de Inglaterra, Hawaïi se hizo representar por la esposa de Kalakaua, la reina Kapiolani, y por su hermana, la futura reina Liliuokalani.

Pero a la vez que crecía el bienestar del reino, crecía también el poder de los dueños de ingenios azucareros, norteamericanos en su totalidad, quienes formaron pronto una organización denominada "Hawaiian League", que no era otra cosa que una fuerza militar al servicio de una determinada ideología política. Por otra parte el Tratado de Reciprocidad de 1875 había tenido un precio alto para el Reino



La Sala del Trono en Iolani Palace, tal como hoy se conserva. A ambos lados de los tronos pueden verse los "kahili's", símbolo de la realeza.

de Hawaii: la autorización para que la Armada norteamericana instalara en Pearl River una Estación Naval para reabastecimiento de carbón y reparaciones de la flota. La US. Navy había mostrado interés en esa bahía adyacente a Honolulu desde algunos años atrás, enviando en 1872 una comisión hidrográfica, a raíz de cuyos estudios se llegó a la conclusión que era perfectamente factible volar la barra de coral que obstruía su entrada, lo que permitiría el empleo de la enorme dársena interior. Los trabajos de desarrollo de Pearl River, hoy Base Naval de Pearl Harbor, tardarían sin embargo algunos años en iniciarse, pero la sola cesión del puerto constituía un nuevo vínculo, esta vez de carácter político-estratégico, que ligaba el pequeño reino nativo al creciente gigante americano.

Hacia 1887 la Hawaiian League tenía ya el armamento y entrenamiento militar necesarios para actuar en la política del reino, y así, el 30 de junio de dicho año, sus disciplinadas compañías ocuparon el palacio real, por supuesto sin oposición, y mediante un incruento golpe de estado obligaron al rey Kalakaua a promulgar una nueva Constitución conocida por la historia con el sugestivo nombre de "Constitución de las Bayonetas".

La nueva carta fundamental limitaba drásticamente la autoridad real, e imponía un sistema electoral basado en la propiedad de la tierra, lo que excluía del derecho a voto a tres de cada cuatro nati-

vos hawaianos. El poder político en las islas había pasado de la aristocracia nativa a una casta militar de generación espontánea.

Dos años más tarde los nativos iniciaron una contrarrevolución para abolir la "Constitución de las Bayonetas", pero, mal armados y peor organizados, fueron fácilmente desbaratados por las tropas de la Hawaiian League. Para empeorar aún más la ya confusa situación política del reino, en 1890 cambió la legislación aduanera norteamericana, y el azúcar proveniente de Hawaii perdió su situación privilegiada en dicho mercado, con lo que la industria azucarera de las islas entró en un nuevo período de depresión. Esto llevó a los dueños de ingenios azucareros a la convicción que el remedio definitivo de sus males sólo podía ser la anexión de Hawaii por parte de los Estados Unidos.

Existía, sin embargo, un problema para materializar esta idea, y era que Estados Unidos no estaba interesado en anexarse Hawaii. Esto puede parecer inverosímil al lector, pero los porfiados hechos así lo demuestran. No puede haber tampoco duda alguna respecto a que la posesión de Hawaii constituía y constituye un imperativo de defensa para los Estados Unidos, pero parece que en la época a que nos referimos sólo la Armada tenía la visión marítima de tal problema.

Así las cosas, el 20 de enero de 1891 falleció el rey Kalakaua; y como no dejara descendencia directa, fue sucedido

en el trono por su hermana la princesa Liliuokalani, a quien cupo el triste destino de ser el último monarca de Hawaii.

De los soberanos de Hawaii que sucedieron a Kamehameha El Grande, sin duda fue Liliuokalani la personalidad más destacada. Tenía 53 años al ascender al trono, y estaba casada con John Owen Dominis, súbdito inglés radicado desde su infancia en las islas. Dominis, proclamado príncipe consorte, falleció alrededor de un año más tarde sin dejar descendencia de su matrimonio con la reina. Como si sobre la estirpe real pesara una maldición que la condenara a la extinción, hemos podido ver que, excepto Kamehameha I, ningún soberano de Hawaii legó el trono a sus hijos; la mayoría de ellos no tuvo descendientes, y los pocos que los tuvieron los perdieron a temprana edad.

Pero, volviendo a Liliuokalani, antes que parafrasear lo que he podido leer sobre la personalidad de esta mujer extraordinaria, he creído mejor entregar directamente al lector las frases con que la definen los editores de sus obras, que sin duda tienen mejores elementos de juicio. Dicen sobre ella:

"Si Liliuokalani sólo hubiera seguido su vocación de compositora musical sería famosa como la autora de la inolvidable "Aloha Oe" ("Adiós a Ti", tradicional canción hawaiana del adiós). Pero un papel más importante estaba reservado a esta mujer sobresaliente, la única reina auténtica que reinó sobre suelo americano. Esposa de un inglés, amiga de la reina Victoria, huésped ilustre de presidentes americanos, pródiga y generosa anfitriona de figuras mundiales, prisionera de los americanos bajo el cargo de traición: éstos fueron algunos aspectos de su actuación como la última de los soberanos de Hawaii.

"Liliuokalani habría sido una persona destacada en cualquiera época, en cualquier país. Lo más asombroso sobre ella

es que una mujer de la época victoriana, nacida y educada en un pequeño reino insular del Pacífico, en los tiempos en que su lenguaje escrito tenía menos de veinte años, pudiera alcanzar tal nivel de conocimiento, comprensión y habilidad. La respuesta es sin duda la combinación de su inteligencia natural, su ansiedad por aprender, su profundo fervor religioso y el afecto y amor por sus súbditos".

Pero cuando Liliuokalani ascendió al trono de Hawaii ya los dados estaban echados; desafortunadamente llegaba al poder en la hora undécima, demasiado tarde para enmendar rumbos. Sus ideas monárquicas de claro corte victoriano resultaban inconciliables con la "Constitución de las Bayonetas", y tampoco era Liliuokalani una persona que pudiera resignarse a aceptar, por conveniencia personal, una situación política que consideraba aberrante. El choque con sus súbditos americanos era, pues, inevitable.

En 1892 se formó en Honolulu la asociación secreta denominada "Annexionist League" basada principalmente en la "Hawaiian League", y teniendo, al igual que ésta, no la fuerza de los votos sino de las bayonetas. La imprevisión del gobierno hawaiano había permitido que el ciudadano elector fuera reemplazado por el miliciano.

Entre los principales miembros de la "Annexionist League" figuraba Sanford B. Dole, que lógicamente tendría luego, como veremos, gran figuración política.

La colisión definitiva entre la reina y la "Annexionist League" tuvo lugar entre el 14 y el 17 de enero de 1893, en que, tras otro incruento golpe de estado, Liliuokalani debió abandonar el poder, siendo reemplazada por un Gobierno Provisional.

El Reino de Hawaii había durado casi exactamente 99 años.

(Continuará)

